

EL REENCUENTRO CON NUESTRO SER CULTURAL: *LOS SANGURIMAS*

Iván Darío Villegas¹

*Los que no tienen fe en su tierra,
son hombres de siete meses...*

José Martí

Los pilares fundamentales en los que se basa la grandeza de un pueblo se refieren a la conservación de sus costumbres, pues de ello depende que sepamos de dónde venimos, quiénes somos; para saber, con certeza, hacia dónde vamos. Valorar nuestra cultura en sus diferentes formas de identidad nos permite comprender el mensaje que ésta conlleva. La pluriculturalidad es el tema que abordaré en este micro ensayo; en razón de que considero que la juventud está obligada a convertirse el ente modificador de esquemas establecidos. impuestos, despiadada y autoritariamente, sin pagar aranceles a nuestras conciencias, por culpa de un despersonalizador extranjerismo engendrado en la colonia, perpetuado en la República, y propenso a superarse con las armas de la razón y el análisis severo de nuestro ser cultural.

La pluriculturalidad y la estratificación social son características inmemorables en nuestra sociedad y aquello se evidencia, como telón de fondo, en la narrativa de *Los Sangurimas*.

La cultura, la montuvia, la citadina y, si se quiere, la «blanca» se encarnan en los diversos personajes de la obra de José de la Cuadra: Don Nicasio aparece como el referente ilegítimo de lo «gringo», de lo blanco; pero en él se revela, por vía materna lo montuvio, convirtiéndolo en un micro mundo donde confluyen razas y experiencias históricas; parecería ser una sinopsis de nuestra

1. Estudiante de bachillerato del Colegio Militar Eloy Alfaro de Quito. II mención de honor.

sociedad. A él se suma lo montuvio puro, campesino con su propia personalidad, reflejada en sus costumbres y temperamento, base de la pirámide social de la obra. Finalmente, en Francisco, Terencio y Eufasio se personifica la ciudad, la ley, el poder estatal, lo político; el poder religioso, cada uno ubicado, como siempre, sobre la base social del campesino: el desarrollo de la micro-idea de *Los Sangurimas* gira, siempre, en torno de la figura patriarcal de don Nicasio Sangurima: un poder, suma de poderes, el color de sus ojos, de su piel, su cabello rubio... son las señales particulares que los de abajo lo reconocen como una especie de Dios terrestre:

Es que yo soy hijo de gringo, pueh!
 Pelo como fideo, cabello de ángel. Amigo, cosa linda!
 Es que yo soy hijo de gringo pues, no creen?

El montuvio es el personaje que más señas de identidad denota: en él convergen aspectos como el clima, el temperamento, una vida dedicada al agro, con personalidad y carácter franco, impulsivo, desprendido y a solas romántico. Caracterizado por su vestimenta, su machete, su caballo, vihuela, el habla con sus referentes lingüísticos propios y su literatura oral; los amorfinos, las coplas, las décimas: elementos culturales del arte popular, de esta clase social agro trabajadora. Ese respeto a los mayores constituye un ordenamiento jerárquico familiar, a quienes debe estricta y cabal obediencia; en el caso de la obra, un poderoso terrateniente del litoral ecuatoriano, cuya voz se oye y respeta dentro y fuera del territorio de la hacienda «La Hondura».

A lo expresado debemos añadir el mundo mítico-mágico del montuvio ecuatoriano, herencia milenaria de épocas panteístas, donde los hechos se explican no precisamente con lógica sino que se atribuyen casi siempre a fuerzas malignas o diabólicas; mundo que subyace en la inocencia del campesino costeño.

«Quien a hierro mata, a hierro muere».

Otro rasgo que identifica al montuvio es la autojusticia que ejerce muchas veces de forma sangrienta, típico recurso a la hora de resolver sus conflictos personales. El machete, sobre todo para ajusticiar a algún enemigo de cantina, algún conflicto amoroso; este campesino se muestra vengativo y muy celoso de lo suyo. Tal vez este rasgo ha opacado su comportamiento de buenos hombres trabajadores, altivos, honrados y luchadores; sin duda alguna, buenos representantes de nuestra cultura que a filo de machete forjaron la riqueza y desarrollo de la patria, de esos hombres que desde siempre fueron los artífices de esta nuestra cultura nacional.

José de la Cuadra nos acerca a lo nuestro, nos descubre redescubriéndonos el mundo agro montuvio; no obliga a reflexionar sobre el convivir, sus alegrías, costumbres, experiencias, utopías, ese adentro que la rutina de la sociedad de consumo no nos permite palpar, volviéndonos indolentes, egoístas, cómplices de hacer y dejar pasar: al agro montuvio, nos dice De la Cuadra, hay que sentirlo, vivirlo para saber que es una nacionalidad de la pluriculturalidad que distingue al país y, desde ahí, con generosidad de criterio ir en pos del campesino y lo campesino, no con el asistencialismo populista y demagogo, sino con las soluciones justas que aquellos se merecen.

Gracias José de la Cuadra por sensibilizarme ante los olvidados. ❖